

Manchito



EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

*Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la*

Energía

Calle 13, No. 10-69

ESPACIO

Disponibile



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

CORREO A PASTO EN TRES DIAS

Correos diarios - Pasajes - Equipajes - Encomiendas - Carga y Giros.

Dos despachos fijos semanales de y para Medellín, Cartagena y Barranquilla, con mensajeros prácticos y honorables que viajan cuidando la mercancía que se nos confía. 28 años de práctica. 86 Oficinas en todo el país.

Telégrafo: "GERRIBON"

Carrera 8a., No. 14-88.

**EXPRESO COLOMBIANO S. A.
DE RIBON E HIJOS**

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y estación, en todos tamaños, desde \$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, camitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. 'DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

¿Quieres que te duren las ondas del peinado?

*Dile a tu mamá
que las rocíe con*
Loción Poppy

**Tiene un perfume
delicioso**

La vende
baratísima

la PERFUMERIA de CUNDINAMARCA

Calle Real con calle 15
BOGOTA

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.)	\$ 1.20
6 meses (26 ")	\$ 2.30
1 año (50 ")	\$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: **Chanchito.**

VOLUMEN III

BOGOTA, OCTUBRE 4 DE 1934

NUMERO 56

LOS CHIBCHAS

(PROLOGO DE UN LIBRO).

Con alguna frecuencia, al salir por la mañana de mi casa de Chapinero, con rumbo a la oficina de Bogotá, me equivoco intencionalmente de vehículo, tomo una dirección contraria, aparezco de pronto, muy sorprendido, junto a la gran piedra del Gimnasio Moderno, y me presento sin ser invitado en la clase decroliana de doña Rosenda Torres o en la de don Tobías Moreno. Los menudos alumnos de esos cursos son grandes y buenos amigos míos, y me reciben siempre con muestras de simpatía y ademanes de agasajo. Introduciendo el desorden, platico con ellos unos minutos, examino sus últimos relieves en plastillina y curioso los cuadros murales que presentan el proceso de desarrollo de algún centro de interés, por cuyo medio los niños, sin salirse de su esfera encantada, estudian por diversos aspectos muchas cuestiones vitales relacionadas con la riqueza, el progreso y el bienestar del país. Mis

visitas son siempre muy breves, pero el beneficio que de ellas derivo es inmenso. De allí salgo como nuevo, aligerado, alegre y optimista, con la impresión de que se me han abierto unas ventanas interiores que miran al oriente, y de que hace sol en mi espíritu.

El curso de doña Rosenda—clase tercera de primera enseñanza— se compone de unos veinte niños, simpáticos, entusiastas y avispados, que aún están lejos de iniciar su bachillerato y ya aspiran a respirar las auras de la popularidad literaria. Quisieron ellos, al estudiar las fases de la fabricación del libro, hacer un libro, y ser a un tiempo mismo autores, editores, impresores y encuadernadores. La historia de los Chibchas había sido tratada hacía poco y sus legendarios personajes estaban en el ambiente y en los corazones. Eligióse ese tema y se procedió a distribuir el trabajo por capítulos. Los buenos dibujantes taja-

ron los lápices, los literatos de mañana mojaron las plumas, los investigadores de pantalón corto consultaron gruesos volúmenes en la biblioteca del Gimnasio, y de aquel común esfuerzo, de ese amable espíritu de colaboración y compañerismo, que es una de las cosas bellas de la educación moderna, ha resultado una primorosa obrita de prehistoria colombiana que, después de deleitar a los niños de cinco a sesenta años, irá a ocupar muy campante su puesto, empinándose un poquito, al lado de los graves libros que se han publicado aquí sobre el mismo asunto, desde los lejanos tiempos de Fray Pedro Simón, hasta los modernos de don Vicente Restrepo, Cuervo Márquez, Restrepo Tirado, Triana, y los actuales de Gerardo Arrubla, Alejandro Carranza y otros beneméritos historiadores.

Antes de sacar los manuscritos en limpio, doña Rosenda corrigió la parte ortográfica, pero con muy buen criterio se abstuvo de hacer retoque alguno que pudiera empañar la candorosa naturalidad del lenguaje, la frescura del estilo y el simpático giro literario que le es propio a la infancia. Ya se encargarán más tarde de esa ingrata tarea los señores profesores de Gramática Castellana,

de esa almidonada Gramática que se enseña en algunos colegios, contra la cual tengo el temor de haber pecado algunas veces en este y otros escritos míos.

Terminada la obra, redactóse el índice, y mi amiguito Moure hizo un dibujo simbólico para la portada, en el que aparece Bochica rompiendo con su vara las rocas por donde se precipita el Tequendama. En este punto las cosas, y para que nada faltara, se consideró conveniente que un sujeto extraño y serio se dirigiera desde este proscenio al respetable público implorando su benevolencia y solicitando su aplauso.

Este es el papel muy honroso que se me ha asignado y que desempeño y cumplo con tanto mayor placer cuanto estoy seguro de que nadie va a perder su tiempo leyéndome.

Atendida esa obligación, réstame sólo felicitar de corazón y sombrero en mano, a la inspiradora de esta feliz idea, a la modesta profesora que ha sabido encender la llama del entusiasmo, unir las voluntades, encauzar las tendencias y armonizar las aptitudes de los futuros prohombres de mi patria, puestos hoy bajo el amparo de su inteligencia y su cariño.

V. E. C.



UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

POR JULIO VERNE

(Continuación).

Como había dejado a lo largo del camino varios depósitos de víveres, porque cada cuatro días de marcha había hecho uno, no tenía necesidad de transportarlos en el viaje de regreso, lo que permitiría a los perros arrastrar el trineo con mayor facilidad.

Se convino en emprender la marcha a las diez de la mañana del 5 de noviembre; pero todos los expedicionarios estaban abismados en profunda tristeza, especialmente María, quien, al ver tan desanimado a su tío, no cesaba de derramar lágrimas. ¡Cuántos sufrimientos inútiles! ¡Cuánto trabajo infructuoso!

Penellán, que estaba de un humor insupportable, mandaba a los diablos a todos sus compañeros y les llamaba débiles y cobardes, por encontrarse, según decía él, más abatidos que María, quien habría sido capaz de ir al fin del mundo sin fatigarse.

Andrés Vasling, por lo contrario, no cabía en sí de gozo, por haberse resuelto regresar al bergantín, y mostrábase más obsequioso que nunca con la joven, a quien no vaciló en prometer que, pasado el invierno, se reanudarían las exploraciones, a pesar de estar convencido de que entonces sería ya muy tarde.

X

ENTERRADOS VIVOS

El día antes de emprender el viaje de regreso y en el momento en que los expedicionarios se disponían a cenar, ocupábase Penellán en hacer pedazos varios cajones vacíos, para alimentar la estufa, cuando se vio de pronto envuelto en una nube de humo espeso, al mismo tiempo que advirtió que la casa de nieve se conmovía, como si hubiese un terremoto.

Todos prorrumpieron en un grito de terror, y Penellán salió inmediatamente de la

casa.

La obscuridad era absoluta y una tempestad horrible estallaba en el espacio. Torbellinos de nieve caían con extraordinaria violencia sobre aquellos parajes, en los que hacía un frío tan intenso, que el timonel sintió que se le helaban las manos.

Se las frotó fuertemente con nieve y volvió a entrar en la casa, diciendo:

—Ya se nos ha echado la tempestad encima. Dios quiera que pueda resistirla nuestra casa, porque si el huracán la destruye, nos veremos perdidos.

Mientras las ráfagas de viento se desencadenaban sobre la extensa planicie helada, sentíase un ruido espantoso bajo el suelo; los trozos de hielo, precipitándose unos sobre otros, chocaban con estrépito, y el aire soplaba con tal violencia que parecía que la casa variaba de sitio.

Entre los torbellinos de nieve corrían resplandores de extraña fosforescencia, inexplicables en aquellas latitudes.

—¡María! ¡María!— gritó Penellán, cogiendo las manos a la joven.

—¡Estamos mal!— dijo Fidel Misonne.

—¡Con tal que acabemos bien!— repuso Aupic.

—Dejemos esta casa de hielo— aconsejó Andrés Vasling.

—Imposible—repuso Penellán—, porque fuera hace un frío espantoso. Mientras permanezcamos aquí, quizá podamos soportarlo.

—Dadme el termómetro— dijo imperativamente Andrés Vasling.

Aupic se apresuró a entregarle el instrumento pedido, que señalaba en aquel momento diez grados bajo cero, dentro de la casa, donde estaba encendido el fuego. Andrés Vasling levantó la especie de cortina que cubría la puerta y la sacó hacia afuera rápidamente, para evitar que le hicieran daño los pedazos de hielo que, levantados por el viento, se proyectaban como

granizo.

—Y bien, señor Vasling —preguntó Penellán—, ¿insiste usted en salir? Ya ve que nos encontramos aquí más seguros.

—Sí, más seguros —agregó Juan Cornbutte—; pero tendremos que hacer cuantos esfuerzos sean posibles para afirmar la casa por dentro.

—El peligro que nos amenaza dentro es mayor que el que corremos fuera— insistió Andrés Vasling.

—¿Qué peligro?— preguntó Juan Cornbutte.

—El de que el viento rompa el bloque de hielo en que estamos, y seamos de pronto sumergidos.

—Es difícil que eso ocurra —replicó Penellán—, porque hiela de tal modo, que no puede quedar ninguna superficie líquida. Veamos qué temperatura hay fuera.

Y, dicho esto, levantó la cortina y sacó el brazo; pero le costó gran trabajo encontrar el termómetro entre la nieve, consiguiendo lo cual, acercó el instrumento a la lámpara para mirarlo.

—Treinta y dos grados bajo cero!— exclamó—. Es el frío más intenso que hemos tenido que soportar.

A estas palabras siguió un silencio sombrío.

Próximamente a las ocho de la mañana intentó de nuevo Penellán salir de la casa para ver si el tiempo había variado. Además, era necesario dejar paso al humo que el aire empujaba hacia dentro.

El timonel se ajustó perfectamente al cuerpo la ropa, se sujetó el capuchón a la cabeza por medio de un pañuelo y levantó la cortina que colgaba sobre la puerta.

Le fue imposible salir.

La puerta estaba completamente obstruída por la nieve, ya endurecida. Penellán introdujo, no sin gran esfuerzo, el bastón ferrado en la compacta masa, y el terror le paralizó la sangre en las venas. El extremo del bastón no estaba libre; se había detenido en un cuerpo duro.

—¡Cornbutte! —dijo al capitán, que acababa de acercársele—. ¡Estamos sepultados bajo la nieve!

—¿Qué dices?

—Que la nieve se ha amontonado y helado en rededor nuestro, y estamos enterrados vivos.

—Derribemos la masa de nieve.

Y, dicho esto, ambos amigos se apoyaron sobre el obstáculo y empujaron tratando de derribarlo, pero les fue imposible moverlo. La nieve tenía más de cinco pies de espesor y formaba una sola pieza con la casa.

Juan Cornbutte, al ver la triste realidad, no fue dueño de sí mismo y exhaló un grito que despertó a Misonne y a Andrés Vasling. Este dejó escapar una interjección y sus facciones se contrajeron.

En aquel momento el humo, más denso que nunca, no teniendo salida, refluyó al interior.

—¡Maldición! —exclamó Misonne—. El hielo ha obstruído el cañón de la estufa.

Penellán arrojó nieve sobre los tizones para apagarlos y desmontó la estufa, lo que produjo tal humareda, que la luz de la lámpara casi no se distinguía. Después, trató de desembarazar el orificio, pero le fue imposible lograrlo: por todas partes encontró una roca de hielo.

Sólo podía esperarse un fin desastroso, al que debía preceder una horrible agonía.

El humo, introduciéndose en la garganta de los desgraciados, les causaba una molestia intolerable. No debía tardar mucho en faltarles por completo el aire.

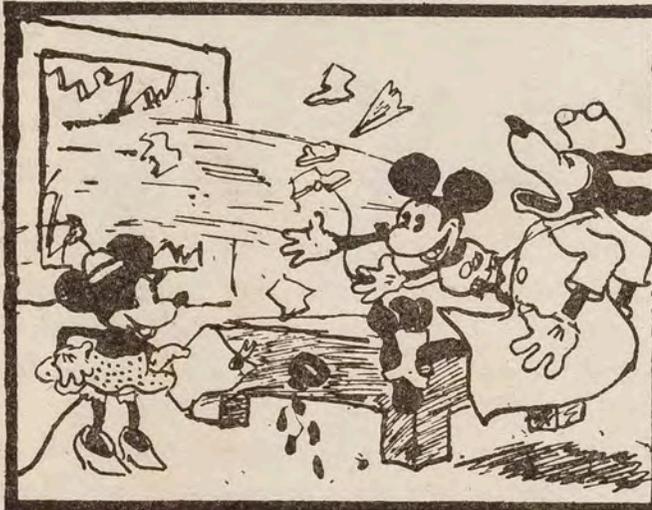
Entonces, se levantó María. Su presencia, que era la desesperación de Juan Cornbutte, reanimó el valor de Penellán, que no podía creer que aquella pobre joven estuviera condenada a morir de un modo tan horrible como el que era de temer, si Dios no intervenía en favor de todos ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó María—. Habéis echado demasiada leña al fuego y la casa está llena de humo.

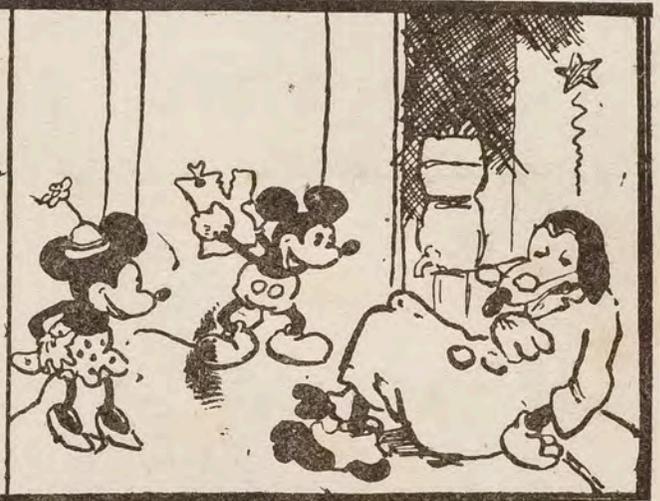
—Sí, sí, eso es— tartamudeó el timonel.

—Ya lo veo —repuso María—; pero no había necesidad, porque no hace frío. Nunca hemos tenido tanto calor como ahora.

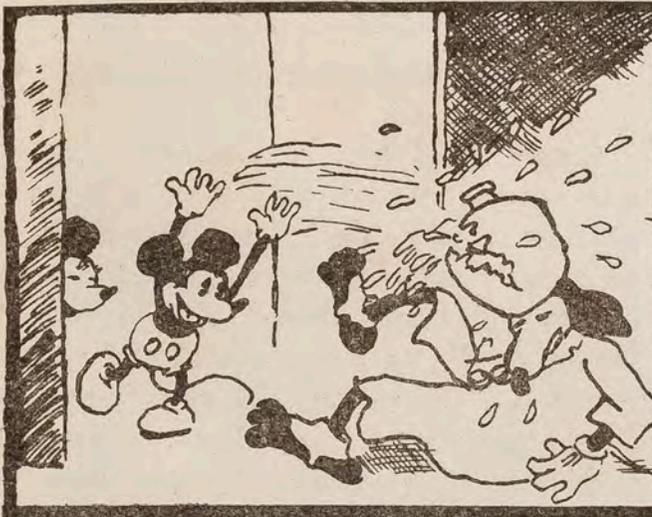
Ninguno se atrevió a revelarle la verdad. —Vamos, María —dijo Penellán—, ayuda



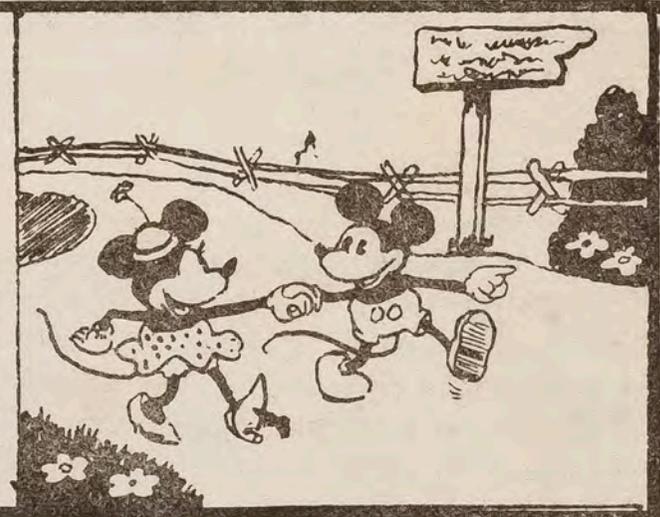
163.—“Parece, señor notario, que usted no esperaba esta visita que entorpece sus maquinaciones.”



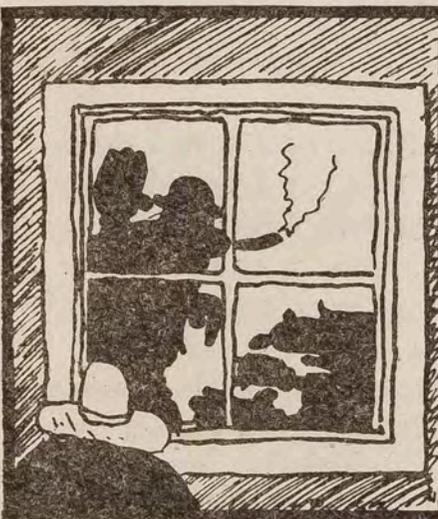
164.—“Mira lo que hago con tu papel timbrado, canalla. De Mickey nadie se burla.”



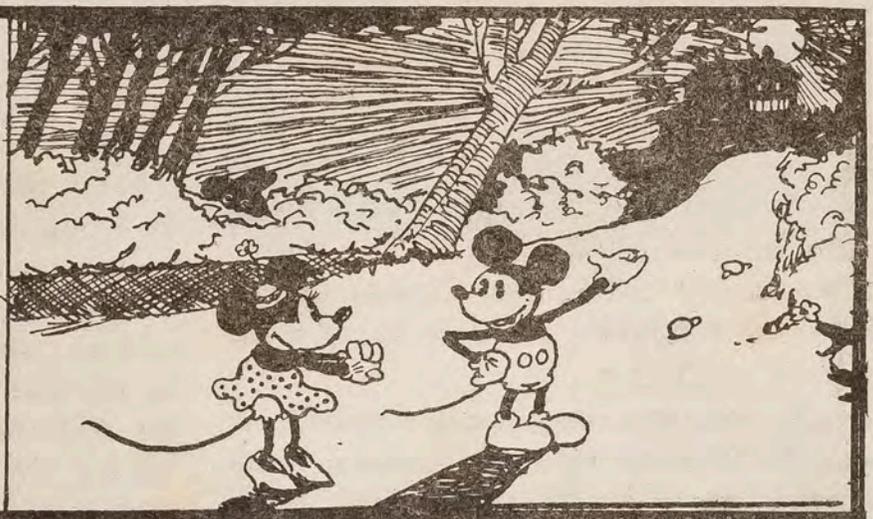
165.—“No quiero dejarte medio muerto. Ahí va agua! Y adiós.”



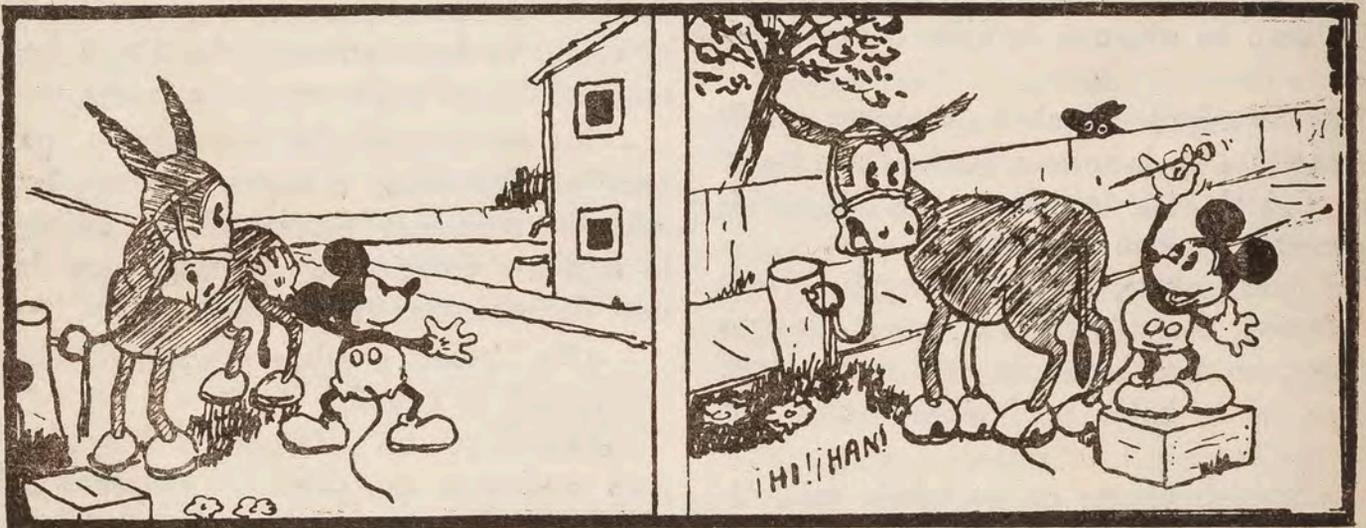
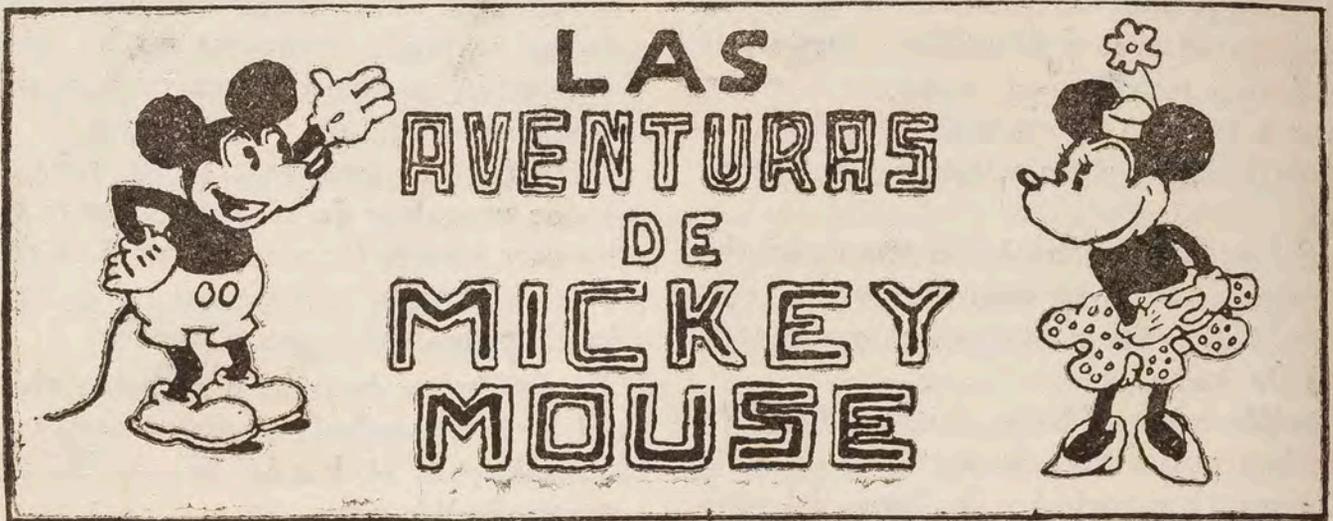
166.—“Pronto llegaremos, mi querida amiga, a casa de tu tío.”



167.—“Hasta la noche. —Entendido.”
(Un misterioso personaje oye este diálogo).

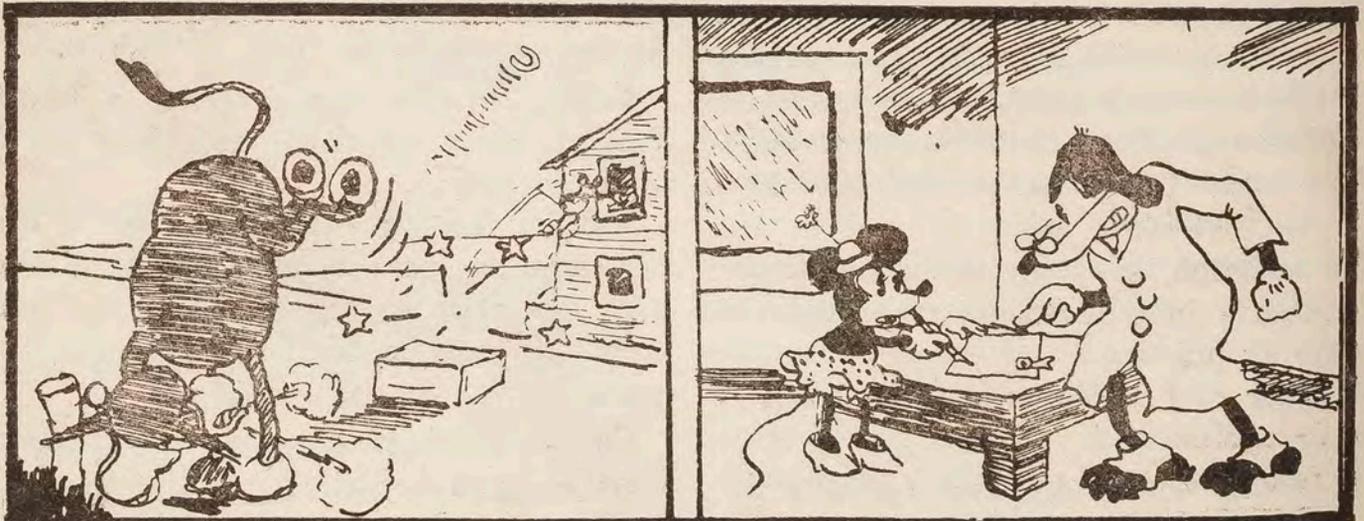


168.—“Ya llegamos Minnie.” (El misterioso embozado se halla oculto en la maleza que bordea el camino).



159.—“Burro Martín, mira, la situación es grave y los momentos preciosos. Quieres ayudarme?”

160.—“No me pidas explicaciones. Serían incomprensibles para un jumento. Obedéceme y calla. Vamos.”



161.—“Exito completo. Pobre Martín, parece que se ha hecho daño”.

162.—“No puedo firmar sin hablar antes con Mickey. -Minnie, o firmas o...”

a preparar el almuerzo, porque hace demasiado frío para salir. Ahí están la cocinilla, el espíritu de vino y el café, y, puesto que este tiempo maldito nos impide ir a cazar, tomemos primero un poco de penmican.

Estas palabras reanimaron a sus compañeros.

—Si, como es probable, la tempestad dura todavía, debemos estar enterrados diez pies bajo el hielo, porque no se oye ningún ruido de fuera.

Penellán miró a María, quien se dio cuenta de lo que ocurría, sin asustarse.

El timonel aproximó a la llama del espíritu de vino la punta de su bastón ferrado y, cuando ésta estuvo enrojecida, la introdujo en las cuatro paredes de la casa de hielo, pero en ninguna de ellas encontró salida.

Juan Cornbutte resolvió entonces abrir una abertura en la misma puerta de la casa; pero el hielo era tan duro, que las cuchillas apenas podían cortarlo.

Los pedazos que, al fin, se lograba arrancar, fueron llenando la casa; pero, esto no obstante, en dos horas de este trabajo tan penoso, no se había profundizado sino tres pies.

Fue preciso pensar en un medio más rápido y menos susceptible de conmover la casa, porque, cuanto más se avanzaba, el hielo era más duro y se necesitaban mayores esfuerzos para arrancarlo.

A Penellán se le ocurrió valerse de la cocinilla de espíritu de vino para derretir el hielo en la dirección deseada, pero éste era un medio arriesgado porque, si la prisión se prolongaba, llegaría a faltarles combustible, del que tenían muy poca cantidad, para preparar las comidas.

Sin embargo, el proyecto fue aprobado por todos e inmediatamente se procedió a ponerlo en práctica.

Se abrió, en primer lugar, un hoyo de tres pies de profundidad y un pie de diámetro para recoger el agua procedente del deshielo, y no hubo que arrepentirse de esta operación, porque, en efecto, el agua no tardó en correr bajo la acción del fuego, que Penellán paseaba por la masa de nieve endu-

recida.

La abertura iba agrandándose poco a poco, pero no se podía prolongar mucho tiempo la operación, porque el agua, cayendo sobre la ropa, la calaba de parte a parte.

Penellán tuvo que cesar en su trabajo al cabo de un cuarto de hora y retirar la cocinilla para secarse él; pero no tardó en reemplazarlo Misonne, quien puso en la operación el mismo ardor que el timonel.

En dos horas de trabajo se había abierto en el hielo una galería de cinco pies de profundidad, pero el bastón ferrado no pudo encontrar salida aún.

—No es posible que haya caído tanta nieve —dijo Juan Cornbutte—. Para que aquí la haya en tanta abundancia es preciso que el viento la haya amontonado. Quizá hayamos debido tratar de escapar por otra parte.

—No sé —respondió Penellán—; pero, para no desanimar a nuestros compañeros, debemos continuar perforando el muro en la misma dirección. Es imposible que dejemos de encontrar una salida.

—¿No llegará a faltar espíritu de vino? —preguntó el capitán.

—Espero que no —respondió Penellán—; pero tendremos que privarnos del café y de las demás bebidas calientes. Sin embargo, no es esto lo que más me inquieta.

—¿Qué es, pues, Penellán? — preguntó Juan Cornbutte.

—Que la lámpara va a apagarse por falta de aceite y que los víveres se concluyen. En fin, confiemos en Dios.

Luégo, Penellán fue a relevar a Andrés Vasling, quien trabajaba con ahinco por la salvación común.

—Señor Vasling —le dijo—, voy a ocupar su puesto, pero le ruego que vigile bien, para que avise en seguida que advierta el menor síntoma de desplome, para que tengamos tiempo de contenerlo.

Cuando llegó el momento de descansar, Penellán, que había agrandado la galería un pie más, fue a acostarse cerca de sus compañeros.

(Continuará).

LA HIJA DE CARILÉS



(Continuación).

Migaja le dió un abrazo al volverlo a ver, y para que se lo diera tuvo que bajarse Carilés, que también la abrazó y la besó, y no pudo menos de reírse al verla envuelta en la manta, que parecía una princesa con su manto de corte, aunque sin paje que le llevara la cola. Migaja se había hecho gallardamente un manto de la manta para abrigarse, porque el sol se había ido ya de la ventana, y la faldita salpicada de lentejuelas era demasiado ligera. Carilés se enojó consigo mismo, se llamó torpe y bárbaro por no haber pensado en hacer un poco de fuego, y cogiendo los últimos trozos de leña, los encendió. Después, poniendo el tronco delante de la chimenea, hizo sentar a Migaja, se sentó él cerca de ella y sacó sus abundantes provisiones. Cuando se acabó de comer volvió a coger su gorra y sus molinos.

—¿Te vas otra vez, padre Carilés?, le preguntó la niña, ya completamente familiarizada con él. Yo me aburro aquí; llévame contigo.

—Es preciso que salga, contestó el viejo; hay una calle donde sé que me esperan los niños, y allí gano lo menos cincuenta cén-

timos. De buena gana te llevaría; pero, ¿cómo quieres ir con ese traje de saltimbanqui...? Aquellos hombres tan malos te conocerían al momento. Yo no estaré fuera mucho tiempo.

Salió sin volver la cabeza, porque la voz de Migaja era tan angustiada al decirle ¡adiós!, que le pareció que la pobre debía tener los ojos llenos de lágrimas, y él no la quería ver.

CAPITULO IX

Para algo sirve la desgracia.

Carilés se dirigió rápidamente a un sitio que conocía mucho. Este sitio, que lleva el gracioso nombre de Villa de las Rosas, tiene a uno y otro lado casas bajas, todas blancas con persianas verdes, y a lo largo un festón de flores siempre cuidado amorosamente por los vecinos. El aire trae el delicado perfume de las flores, y los niños juegan en libertad entre las dos verjas que cierran los extremos de esta calle: estando allí, parece que no se está en una gran ciudad. Carilés tenía muchos clientes entre las familias que habitaban la Villa de las Rosas, y de una verja a otra, en cuanto entraba, oíanse voces que gritaban: “¡Ahí está el tío Carilés!”.

Había recorrido ya la mitad de la calle y hecho muy buena venta, cuando llegó frente a una casa donde nunca dejaba de detenerse; cuatro niños, y cuatro niños poco afortunados a quienes no se compraba jamás ni muñeca costosa ni caballo de báscula, era una renta para Carilés. Antes de llegar a la casa había dejado oír las notas más agudas de su caramillo, y entonado con su voz más zalamera el estribillo:

*Llorad, llorad, niños,
Y tendréis molinos de viento.*

(Pasa a la página 15)



DOS PAJAROS SILVESTRES QUE PUEDEN SER ENSEÑADOS A HABLAR.

Aunque el cuervo (fotografía inferior) sólo lanza, por lo general, su característico graznido, puede también articular muchos otros sonidos, y hay ejemplares que hasta aprenden a hablar. Estos pájaros pueden convertirse en favoritos domésticos muy divertidos, con tal que se les proporcione un jardín para sus correrías. Claro está que la diversión que proporcionen tiene un precio, y que hay que pasar por alto muchas de sus jugarettas y travesuras. El estornino (fotografía superior), aprende fácilmente a hablar, pero es un error el creer que retiene mejor las lecciones rajándole la lengua, costumbre cruel y ridícula que se practicaba en otros tiempos. El único efecto de esta mutilación es apagar por completo las notas naturales del pájaro.



EL DIVINO PASTOR

*Por campiña y collado
con silencioso pie y aire sencillo,
el Pastor muy amado
a sus hombros cargado
va conduciendo el débil corderillo.*

*Muy junto las ovejas
balando van. En este breve viaje
El escucha sus quejas,
y es un licor de abejas
el dulce manantial de su lenguaje.*

*¿Y a do, Pastor divino,
vas con ese rebaño? Bien parece
que a celeste destino
diriges tu camino,
y que todo a tu paso te obedece.*

*El arroyo murmura:
“Eres, Pastor, mi Rey y soberano;
Tú me diste frescura;
Míra mi aqua cuán pura!
Recógela en la cuenca de tu mano”.*

*Y el ave que a la cría
con lo melifluo de su voz encanta
le dice en su armonía:
“Pastor, fue tu maestría
la que puso el arpegio en mi garganta”.*

*Pero, ¿qué te tortura?
Pastor, dí, ¿hay algo en tu redor de menos?
¿Qué súbita amarqura
empaña la hermosura
de tus ojos profundos y serenos?*

*Ya se ve, está extraviada
la ovejita más dulce a tus amores.
En vano tu mirada
la busca en la manada.
Lejos quedóse entre laurel y flores.*

*El lobo siempre hambriento
sigue oculto la grey para su daño,
y a su apetito atento
te roba en un momento
las mejores ovejas del rebaño.*

*Mas de nuevo se enciende,
tierno Pastor, de tu mirada el brillo.
Segura está tu prenda,
ya regresó a la senda
la oveja al escuchar tu caramillo.*

LUIS MARIA MORA

Fotografías tomadas en Leticia colombiana.



Casino de los oficiales, en Leticia.



Una calle de Leticia.



Vista del Río Amazonas.

LA HIJA DE CARILÉS

(Viene de la página 10)

Se oyó dentro de la casa el ruido de los pasitos infantiles, y tres cabecitas rubias aparecieron en la ventana. Súbitamente las tres cabecitas volviéronse alarmadas, oyendo un gran estrépito que se produjo dentro; la caída de una mesa y el ruido de la vajilla rota.

—¡Paulina! —exclamó una voz de mujer—; ¿es posible...? El tintero roto y el vestido perdido!

—¡Mamá...! ha sido sin querer... contestó una voz infantil, voz de sollozo. He querido correr a la ventana, para ver al tío Carilés... y me he enganchado en el tapete de la mesa. Yo no sé cómo ha sido.

—Yo tampoco lo sé, pero ya ves lo que ha sucedido por tu aturdimiento. Vé, vé a quitarte el vestido, y tráeme agua caliente para lavar el piso.

—Yo también lavaré el vestido, mamá, dijo la muchacha pesarosa y avergonzada.

—Es inútil, la tinta no se lava, quítate el vestido que lo vas a manchar todo, ropa, muebles, todo.

Hubo un momento de silencio. Paulina cambió de traje sollozando. La madre, continuando su tarea de planchar tres camisas de hombre en miniatura para el día siguiente que era domingo, piensa de qué medio se valdría para economizar sobre el gasto del mes lo suficiente para reemplazar el vestido manchado, un bonito vestido de lana que hubiera podido durar todo el invierno, y Carilés esperaba de pie delante de la ventana. Los tres niños le dijeron bajito:

—Paulina ha manchado de tinta su vestido... un vestido que cuesta muy caro, y mamá no nos va a comprar hoy molinos.

Una idea le ocurrió a Carilés. ¡Qué buena idea! Paulina no era más grande que Migaja... ¡Vamos, un poco de audacia, Carilés!

—Señora, señora, dijo tímidamente a la joven madre, ¿es verdad que es ya cosa perdida el vestido de la señorita?

—¡Ah!, tío Carilés, no lo había visto. Sí,



por desgracia; todo el delantero del vestido está lleno de tinta. El vestido ha quedado para dárselo a un trapero.

—¡Oh!, entonces, señora, repuso Carilés dando vueltas a un molino, si queréis darme la preferencia yo lo compraría.

—¡Qué! ¿Tan mal os va en la venta de los molinos que os queréis hacer ropavejero?— le preguntó con extrañeza la señora.

Los tres niños se echaron a reír repitiendo uno tras otro: —Anda, anda, el tío Carilés se quiere hacer ropavejero. También Paulina hubiera querido reírse, pero el remordimiento la sostuvo en la gravedad que conviene a los culpables.

—Perdonad, señora, replicó Carilés, no tengo intención de cambiar de oficio. ¿Qué dirían los niños? Es que tengo una niña y no tiene vestido qué ponerse, ¿comprendéis?

—¿Tenéis una niña? ¿Y desde cuándo?

—Desde ayer, señora; es una historia, y os la voy a contar, porque sé que sois buena.

Carilés se acercó más a la ventana, y contó la historia de Migaja. Los cuatro niños lo oían embebecidos, y la madre dejaba su plancha para oír también.

—Y ésta es la historia—, dijo Carilés cuando la hubo terminado, lanzando un hondo suspiro, como un hombre sofocado de haber pronunciado tan largo discurso... Y luego miró a la joven madre, para ver el

efecto de su relato.

Sonreía dulcemente, y nada tan hermoso como su sonrisa, al mismo tiempo que humedecían sus ojos las lágrimas; era como un rayo de sol después de una tormenta. Era ciertamente la bondad misma la señora Terrassón, la madre de los cuatro infantiles clientes de Carilés. No era rica, en verdad; el haber de su marido, empleado en una gran casa de comercio, bastaba apenas para mantener a la familia; pero cuando no se tiene en el corazón ni sombra de egoísmo, se halla siempre medio de hacer felices a los de la casa, y acaso también un poco a los de fuera; y si había en el universo alguien de quien no se cuidaba la señora Terrassón, era ella misma.

La joven madre hizo un movimiento de cabeza afirmativo, que encantó al bueno de

Carilés.

—Sois un hombre de bien, le dijo, y os voy a dar ese vestido y algunas otras cositas. Seguid vuestro paseo por la calle y cuando volváis ya tendré listo lo que os voy a dar.

No se le ocurrió preguntarle qué iba a hacer de la niña, pues pensó que no podría hacer otra cosa que conservarla a su lado. Fue y cogió el vestido de la niña y se puso a secarle las manchas de tinta con papel secante, para que no se extendieran, pensando que para algo sirve la desgracia, y que el aturdimiento de su hija Paulina aprovecharía a la niña desgraciada. Este pensamiento le quitó el disgusto que antes había tenido al ver el traje manchado, y se puso a tararear abriendo y cerrando los cajones, y Paulina, que la observaba con el rabillo

del ojo, se creyó perdonada, y, animada, se atrevió a llevarle silenciosamente la menos mancha de sus tres muñecas de resorte, que puso con una mirada elocuentísima junto al paquete que estaba haciendo su madre, que no pudo menos de sonreír y besarla.

—Aquí tenéis para la niña, dijo a Carilés, que había vuelto. He puesto con el vestido un delantalito que servirá para que no se vean las manchas, y además unas camisitas viejas que pueden servir un poco, una enaguüita, dos pares de medias y unos zapatos.

Carilés tomó el paquete, pero no dijo nada: las grandes emociones son mudas. Pero sacando de los agujeros cuatro molinos de los más bonitos, molinos de diez céntimos, los puso en las manos de los niños, y se alejó cuanto podían sus ya bastante largas piernas.

(Continuará).





EN BUSCA DE THISQUEZUZA

Reposados los conquistadores en Chía, ya no piensan en otra cosa distinta de encontrar al poderoso Zipa, señor de todas las tierras que rodean la maravillosa sabana. Embajadas recíprocas se mandan; regalos exquisitos manda el Zipa a Quesada; sus mejores mantas, sus más tiernos venados, pero no quiere, por ningún motivo, verse cara a cara con el hombre de las barbas y de la coraza. Este recibe cariñoso a los embajadores del señor de Bacatá, los acaricia y les regala chucherías y ellos, entre temerosos y valientes, vuelven a donde su señor y le cuentan cuanto ven. De los pueblos vecinos vienen en busca de los españoles, y el cacique de Suba, vecino a Chía, los agasaja como ninguno. Los convida a su cercado, a donde van los españoles, que son una vez más recibidos como dioses; los aloja en sus mejores habitaciones y los tiene a cuerpo de rey. Quesada y sus compañeros saben hidalgamente corresponder a estos atemorizados chibchas que ya se animan a mirarlos y hasta a tocarlos. Qué admiración la de los indios cuando se atreven a jalarle las barbas a esos gigantes vestidos de acero; cuando ensayan en sus manos las espadas y rodela, y lo que más los admira es que los monstruos cuyos relinchos los asustaban tanto se dejan también acariciar.

¡Qué buen amigo de los españoles fue el cacique de Suba! Era un viejecito encantador; sus súbditos lo respetaban y querían, y los españoles encontraron en él un importante aliado, que prometió ponerlos en comunicación con el Zipa su señor, que seguía enviando más y más regalos pero a quien nada del mundo pudo convencer de que hablara con el español. Encerrado en su casa de Muequetá, lejos de permanecer tranquilo ante el trato que los dioses daban a sus

embajadores, ya no pudo dormir, y da órdenes perentorias para que todo, sus mujeres, sus hijos, sus tesoros, se alistén para emigrar más allá de la sabana, donde este monarca destronado esconderá el dolor, de ver perdidos sus dominios, porque contagiado de la superstición de su gente, no tiene alientos para combatir a tan corto número de extranjeros.

Los días pasaban deliciosos en Suba, pero era preciso seguir la conquista, y los españoles avanzan; cerca están de la capital de Thisquezuza. Tristes parten de Suba. Su gran amigo el cacique acaba de morir, no sin antes haber recibido, de manos de los misioneros españoles, las aguas del bautismo. Fue éste el primer cristiano chibcha. Encomendemos a Dios a este indio, a quien se abrió el cielo por su docilidad y por la manera espontánea como aceptó la religión de Cristo.

Seguía el Zipa entreteniéndolo a Quesada con razones y más razones, y éste, exasperado, resuelve no esperar más e ir a buscarlo personalmente. Llegan al río Funza y allí los guerreros de Thisquezuza los hacen hacer alto, amparando así la fuga de su señor, que ya va camino de la tierra caliente. Así, cuando los españoles llegaron a Muequetá, el pueblo estaba casi desierto, las casas vacías y sólo había contados habitantes. Acamparon allí desengañados de no encontrar los tesoros que esperaban, y durante los días que hubieron de permanecer sufrieron inauditos ataques de los indios, que hubieran querido perecer antes de ver su ciudad ocupada por los españoles. En vista de que las flechas eran inútiles contra los conquistadores, resolvieron los indios, como último recurso, incendiar la ciudad. En altas horas de la noche comienzan a lanzar dardos en-

PROBLEMA



UNA VALLA COMPLICADA

Alrededor de la fuente están agrupadas ocho casas: las 1, 2, 3, 4 y la fuente pertenecen a un propietario; las 5, 6, 7 y 8 pertenecen a otro propietario.

Deseando el primero que sólo sus inquilinos puedan proveerse de agua

de la fuente, ha mandado construir una valla que permita el acceso a la fuente a los habitantes de los edificios 1, 2, 3 y 4, y lo impida a los habitantes de los edificios 5, 6, 7 y 8.

La solución en el número próximo.

cendidos que caen sobre los techos pajizos de sus casas y logran quemar varias, lo que, visto por los españoles, se aprestaron a la defensa y derrotaron a los incendiarios. A todas estas Thisquezuza no parece.

Manda Quesada por diferentes caminos a sus valientes capitanes Céspedes y San Martín para que descubran nuevas tierras y averigüen por el paradero del monarca chibcha. San Martín sigue a la tierra caliente, donde le esperaban tribus las más belicasas que hasta entonces se conocieran. Los panques, descendientes de los caribes y que como ellos tenían costumbres muy bárbaras. Grandes guerreros, desde hacía muchos años querían apoderarse del reino chibcha, por lo cual el Zipa se veía obligado a mantener en las fronteras de su reino a los más valientes militares apercebidos para la defensa de su territorio. Los geuchas hallados por San Martín recibieron admirablemente al

pequeño escuadrón militar que tan fuerte parecía y resolvieron aliarse con ellos para caerles a los desprevenidos panques y aniquilarlos de una vez. Arriesgada era la hazaña. Pero se deciden a avanzar. Púas envenenadas encuentran por el camino, que entre montañas tenebrosas los conduce a donde están los enemigos. Inesperadamente grandes piedras que ruedan de los montes y que nadie puede ver quién las lanza, van haciendo grandes bajas en el ejército chibcha-español. Flechas que causan la muerte caen sobre los robustos cuerpos de los geuchas indios, porque los españoles, más precavidos, han envuelto sus armas y sus cuerpos en algodón que los libra del veneno de las flechas, y así protegidos van a lanzarse al combate más fiero que hasta entonces contaron los españoles.

Tío Remiendos.

LOS TRES COCHINILLOS

En tiempos de Maricastañas salieron por el mundo tres cochinitos a probar fortuna. (Probablemente eran parientes de CHANCHITO).

No había andado un gran trecho el primero, cuando encontró un hombre que guiaba un carro cargado de paja.

—¿Sería usted tan amable—le dijo el cochinito—que me diese un poco de su paja para hacerme una casita?

—Con mucho gusto—replicó el hombre.

Alejóse, pues, el animal con la paja, y con ella construyó una cabaña.

Habitaba en aquellos contornos un taimado y viejo lobo, el cual, al ver el apetitoso lechón, resolvió prepararse con él una opípara cena. Al caer la tarde, el marrullero lobo encaminóse a la nueva casita, y cuando hubo llegado a la puerta gritó:

—Cochinito, ¿se puede pasar?

Reconoció el cochinito por la voz y contestó temblando:

—No, no, que me vas a matar.

—Si, ¿eh?—añadió el lobo.—Pues vas a ver cómo a fuerza de resoplidos te echo la casa al suelo.

Y dicho esto se puso a dar bufidos con tal suerte que la cabaña se vino abajo. Saltó entonces sobre

su amedrentada víctima y se la comió relamiéndose de gusto.

El segundo lechón encontróse con otro hombre que llevaba varios haces de palos.

—¿Queréis darme, si os place—le dijo el marranillo—, alguno de esos palos, con que pueda levantarme una chocita?

—Con mil amores—replicó el hombre.

Alejóse el animal con los palos, y con ellos construyóse una linda casita.

Pero corrió la misma suerte que su hermano.

Mas el tercer cochinito se había levantado con la cabeza muy despejada la mañana que emprendió su viaje. Caminito adelante se encontró con un hombre que llevaba un carro cargado de ladrillos.

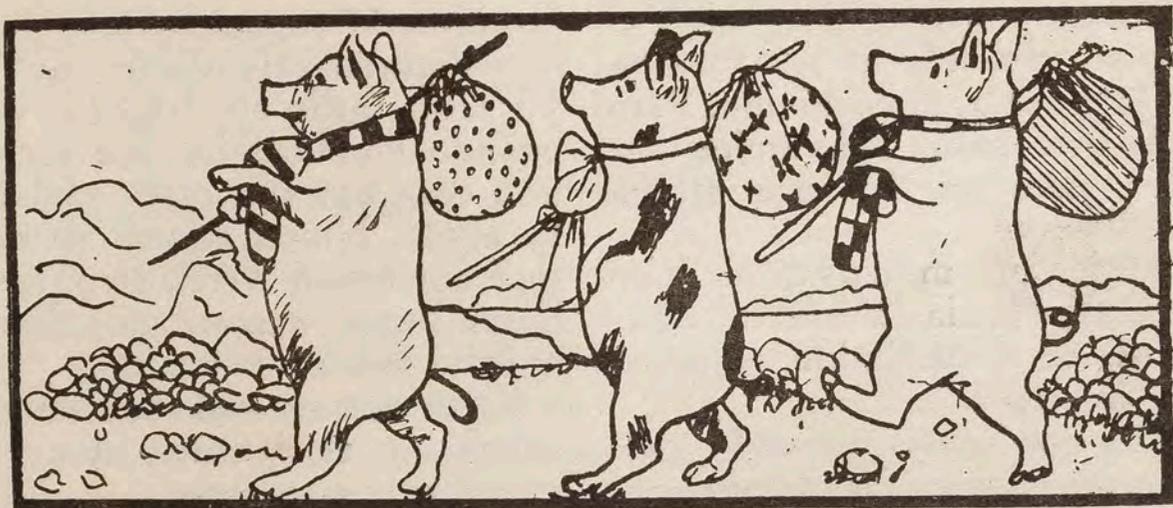
—¿Serías tan amable que me dieseis unos cuantos ladrillos para hacerme una casita?

—Con mucho gusto—le contestó el hombre.

Alejóse pues el animal con los ladrillos y con ellos construyóse una pequeña casa.

Llegó al poco rato el viejo lobo, y llamó a la puerta.

—Cochinito—le dijo;—¿se puede



pasar?

—No, no, que me vas a matar.

—Sí, ¿eh? Pues a resoplidos te echaré la casa abajo.

Pero como ésta era de ladrillo, por más que soplaban el lobo la casa se mantenía firme. Marchóse entonces éste encolerizado, y a los pocos momentos volvió ya más tranquilo.

—Cochinillo—le habló en tono dulzón:—Conozco un campo al final de la vereda, en el cual crecen verdes y jugosas coles; si no os molesto vendré a buscaros mañana por la mañana y os enseñaré el camino.

Volvió el lobo a la mañana siguiente, y deteniéndose en la puerta preguntó:

—¿Estáis listo?

—Muy dormilón estáis, señor lobo—le contestó el cochinito.—Hace la friolera de una hora que estoy de vuelta de ese campo y os estoy agradecido, pues las coles estaban riquísimas.

Rechinó el lobo los dientes de rabia, pero disimulando y aparentando calma, le dijo al cochinito amigablemente:

—Me alegro, me alegro. Decidme: ¿os gustan las manzanas? Yo sé de un huerto, vereda abajo, cuyos árboles están cuajados de esa fruta; si queréis vendré por vos mañana por la mañana y os enseñaré el camino.

Apenas despuntó el día, salió el lobo de su vivienda y se puso a rondar la puerta al cochinito. Pero sin duda éste había sido mejor madrugador, pues ya la casa estaba vacía.

Sin perder un minuto, el lobo echó a correr hacia la huerta. Apenas lo divisó el cochinito se encaramó a un árbol.

—Se ve que tenéis delicado gusto—le gritó desde las ramas—al

recomendarme tan jugosas manzanas; pruebe usted ésta, señor lobo, y saboreará cosa rica. Y así diciendo le arrojó una manzana lo más lejos que pudo. Mientras el lobo iba en busca de la manzana el cochinito bajó del árbol y apretó a correr hacia su casa.

Avergonzado el lobo, no quiso, sin embargo, darse por vencido, y así, al otro día, encaminóse a casa del cochinito.

—Buenos días, amigo—le dijo—. ¿No sabéis que esta tarde hay una feria en el lugar? Venid conmigo y veréis cómo nos divertimos. A las tres en punto estaré aquí.

El cochinito no respondió nada, pero apenas sonaron las dos y media se puso en camino hacia la feria. En ella compró un barril vacío, y con él volvía a su casa, rodándolo por el camino, cuando vio al lobo a lo lejos. Rápido como un relámpago, metióse dentro del barril, empujándolo hacia abajo. Como era éste muy pendiente, rodaba el barril con tal velocidad que al divisarlo el lobo se espantó terriblemente, y sin pensar más en el cochinito dio media vuelta y como una flecha huyó hacia su guarida.

Luégo que hubo recobrado la serenidad volvió a la casa del pequeño y astuto puerco, y sentándose debajo de su ventana, entabló con él animada conversación.

—Figuráos—le decía—que venía yo esta tarde en busca vuestra, cuando en el camino me sorprendió una cosa extraña que rodaba cuesta abajo. No os dejaré de confesar que me causó verdadero terror, y hasta llegué a creer que dentro de aquello había un brujo.

Soltó el cochinito tan sonora carcajada, y reía tanto, que el lobo acabó por amoscarse.

—¿Conque un brujo?—dijo el marrañillo apenas pudo hablar;—pues sabed que no había tal, sino que era yo mismo que espiándoos en lo alto del camino, me oculté dentro de un barril, pues un barril era aquella cosa que os causó tanto pavor.

Fue tal la cólera del lobo al verse así burlado, que saltando al te-

jado de la casa, se deslizó por la chimenea. Era aquel, precisamente, el día señalado para cocer pan, y el cochinito había encendido un gran fuego. Chimenea abajo iba el lobo, mas aturdido por el humo, cayó sobre las llamas, entre las cuales murió tostado. Así terminó aquel astuto y glotón animal.



VARIOS LIBROS

JUEGOS ARITMETICOS F. A. C.—La enseñanza de las cuatro operaciones de la aritmética por un procedimiento fácil de juegos, y atractivos grabados, al alcance de los niños. 1 tomito \$ 0.20; por correo se pueden enviar hasta 6 con \$ 0.20 para portes.—No se atienden pedidos por un solo ejemplar; pero si es pedido con otros libros se despacha.

GRAMATICA CASTELLANA ELEMENTAL F. A. C.—Nociones bien elementales para niños. Todas las páginas son ilustradas. Vale \$ 0.20.—Se despacha en las mismas condiciones del anterior.

GEOGRAFIA SUPERIOR DE COLOMBIA F. A. C.—Profusamente ilustrada con mapas, gráficos, vistas, retratos y puesta al día. 1 tomo, pasta, \$ 1, por correo \$ 1.20.

GEOGRAFIA ELEMENTAL DE COLOMBIA Y NOCIONES ELEMENTALES DE GEOGRAFIA GENERAL F. A. C.—Rústica, ilustrada, \$ 0.40, por correo \$ 0.60.

PEDAGOGIA.—Texto de J. M. Zamora, adoptado en muchos colegios del país. Nueva edición aumentada y corregida.

COMPENDIO DE HIGIENE.—Por el doctor Pablo García Medina. Pasta \$ 0.80, por correo, \$ 1.

CARTILLA DE HIGIENE.—Por el doctor Pablo García Medina. Rústica, \$ 0.20, por correo, \$ 0.40.

POCKET ENGLISH LITERATURE AND

READER.—Alvaro Rozo. Texto en el Gimnasio Moderno y otros colegios. Rústica \$ 1.40

ALBUM CALIGRAFICO.—Colección de alfabetos de carácter inglés, redondo, gótico, romano y de adorno, con una serie de monogramas de varios estilos. Por A. Acevedo Bernal. Rústica, \$ 0.80, por correo, \$ 1.

FRANCES-ESPAÑOL.—Con la pronunciación figurada y la traducción de todas las palabras francesas por Honore Layolle officier d' Academie. 1 tomo, rústica, \$ 0.70, por correo, \$ 0.90.

MITOLOGIA UNIVERSAL.—Ilustrada con numerosas fotografías. Rústica, \$ 2, por correo, \$ 2.20.

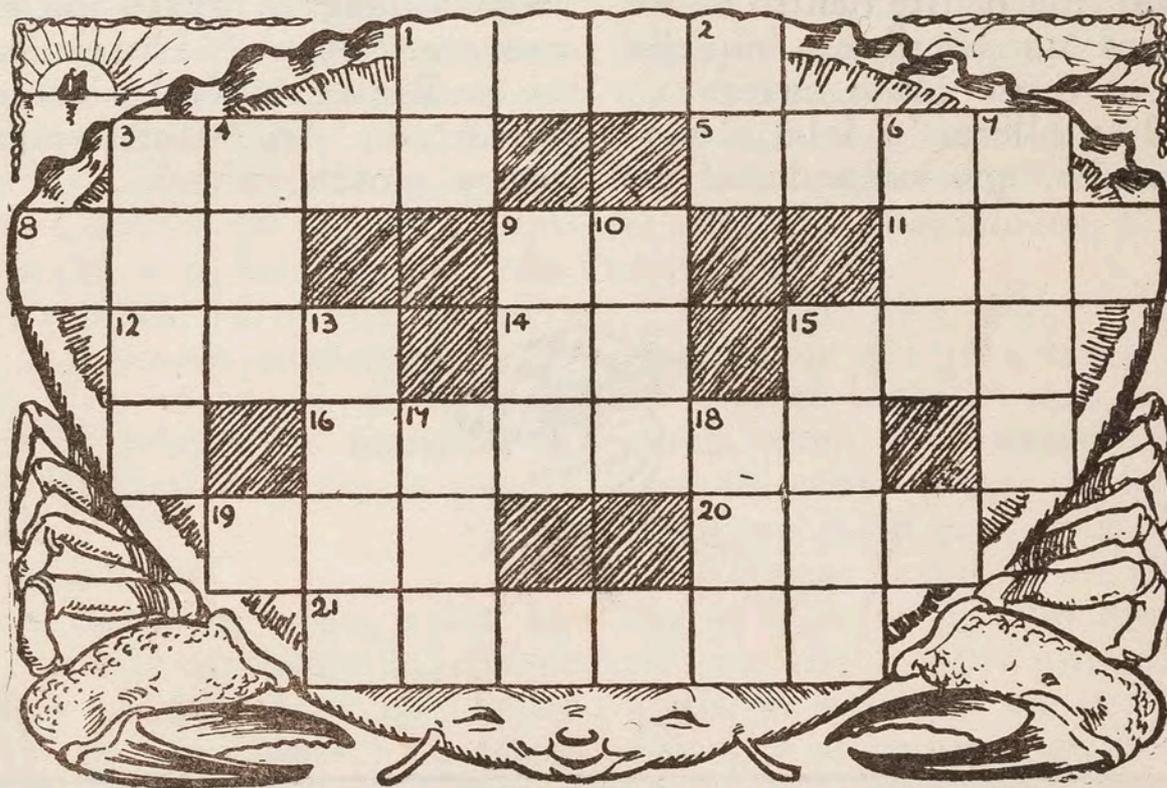
VIAJE DE UN NATURALISTA ALREDEDOR DEL MUNDO.—Carlos Darwin. 2 tomos ilustrados, rústica, \$ 3.60.

COMPILACION DE LOS ESTUDIOS GEOLOGICOS OFICIALES EN COLOMBIA. De 1917 a 1933. Profesor Roberto Scheibe. Tomo 1.º, rústica, planos y mapas, \$ 3.

CONGRESO DE 1824.—Senado—Actas publicadas por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo. Tomo 46 de la Biblioteca de Historia Nacional, rústica \$ 2, por correo \$ 2.40.

COMENTOS CRITICOS SOBRE LA FUNDACION DE CARTAGENA DE INDIAS. Por E. Otero D' Acosta. Tomo 48 de la Biblioteca de Historia Nacional. Rústica, \$ 2, por correo \$ 2.20.

CRUCIGRAMA FRANCO-ESPAÑOL



Horizontalmente:

- 1—Punto cardinal.
- 3—Agujero, en francés.
- 5—Fruta y prominencia de la laringe en la garganta.
- 8—Yo o mi, en francés.
- 9—Reído, en francés.
- 11—Calle, en francés.
- 12—Alabanza.
- 14—Lengua antigua del sur de Francia.
- 15—Dos.
- 16—Silla, en francés.
- 19—Del verbo atar.
- 20—Nombre de consonante.
- 21—Nombre bíblico y apellido.

Verticalmente:

- 1—Estados Unidos, iniciales.
- 2—Preposición.
- 3—Marca de bálsamo y pastillas para la tos.
- 4—Corriente de agua.
- 6—Lugar donde se trillan las mieses.
- 7—Paloma.
- 9—Apellido.
- 10—Aquí, en francés.
- 13—Relación escrita de lo sucedido en una junta.
- 15—Cabello.
- 17—Instrumento para segar.
- 18—Existir.

Entre los niños que envíen soluciones acertadas se rifará un lapicero y otros objetos.

Biblioteca Infantil.

PARQUE DE LA INDEPENDENCIA

OBRAS DE SCHMIDT:

La Nochebuena

Los dos hermanos

Eustaquio

El Condesito

La cruz de madera

El canastillo de flores

El nido del pájaro

La paloma

El honrado Fridolín

La condesa Ida

Rosa de Tanemburgo

La granja de tilos

Los huevos de pascua

La guirnalda de flores

HORAS DE LECTURA:

Todos los días, excepto los lunes, de las 9 a las 12 y de las 12½ a las 5.

Los domingos, de las 10 a las 12.

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

BIBLIOTECA INFANTIL

ALLI ENCONTRARAN LOS NIÑOS
ESTAS OBRAS:

Cuentos del abuelito
Vida de Jesucristo
Episodios de Historia Sagrada
Cuentos para niños
Vidas de hombres célebres
Episodios históricos
El libro de las maravillas
Tardes de Otoño
Los hijos del héroe
Flores de juventud
Verdades y fantasías
Desconocidas aventuras de Teresa Panza

Y muchas novelas de aventuras, narraciones, libros
de ciencia y de arte escritos especialmente para
los niños.

HORAS DE LECTURA:

DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE
2 1/2 P.M., A 5 P.M.

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

**CAJA COLOMBIANA DE
AHORROS**

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO

Cédulas de Acumulación, de
Capitalización y de Renta.

**Asegure
el porvenir
de sus hijos**

CONSIGNE UD. \$ 8.07 el 1.º de cada mes y al fin del año recibirá una cédula de \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 3.61 al principio de cada semestre y a los diez años recibirá \$ 100.00

CONSIGNE UD. \$ 100.00 y a los veintitrés años y medio recibirá \$ 400.00.

CONSIGNE UD. \$ 1.000.00 y después de cinco años se habrá asegurado una renta mensual.

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

**Cinco sorteos y cinco premios mayores
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

**GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO**